

apreciamos dichas cualidades. En ese libro, por ejemplo, ya está avizorado el no menos clásico de Ángel Rama: *La ciudad letrada* (1984), pero que —no sé si alguien lo haya dicho con este vaso comunicante— se inclina a esa zona del palabreo que en la prosa de Lezama Lima se disfruta por amor al arte (al aire tónico) mientras que en una disciplina como la esgrimida por Rama resulta poco amable o de difícil divertimento².

Son muchas las virtudes del trabajo de José Luis Romero; si tuviéramos, en todo caso, que restringirnos a una, sería el hecho de definirse como “historiador social” (Introducción, pág. xxi) y marcar su coto de caza con la mayor honestidad posible:

En rigor, todas las ciudades latinoamericanas aceleraron a partir de entonces un doble proceso que estaba iniciado desde la fundación. Por una parte procuraban adecuarse al modelo europeo siguiendo sus líneas de cambio y por otra sufrían las transformaciones derivadas de su estructura interna, que alteraban las funciones de la ciudad y, además, las relaciones entre los distintos grupos sociales y entre la ciudad y la región. Este doble proceso —de desarrollo heterónomo y desarrollo autónomo— continuó a lo largo del periodo independiente, acentuándose cada vez más. (Introducción, pág. xxxiii).

Así, pues, nos auparemos a un recorrido por modelos que, en principio, no tienen *por naturaleza* que ser definidos con un lenguaje que no sea el de todos los días. Entonces aceptemos que esta lengua sencilla es más que suficiente para que su autor se instale en primerísima línea. “El libro —nos dice Rafael Gutiérrez Girardot en el prólogo— significa una revolución radical y necesaria de la historiografía latinoamericana” (pág. xvi). Después de dos capítulos de preparación histórica (“Latinoamérica en la expansión europea” y “El ciclo de las fundaciones”) José Luis Romero nos invita a acompañarlo en un recorrido impresionantemente registrado a distintos niveles (historia, antropología, literatura, geografía) y por los diferentes períodos que el autor considera pertinentes:

“Las ciudades hidalgas e indias”, “Las ciudades criollas”, “Las ciudades patricias”, “Las ciudades burguesas” y, de cierre, “Las ciudades masificadas”. Nuestra lectura es un gran mosaico de la historia del continente, por más que esta aspiración totalizante tenga sus be-moles (los que la ideología le impone al historiador, para decirlo con el viejo guiño de la izquierda). Pero esto se puede decir de cualquier intento de representación, llámese el Pato Donald para Ariel Dorfman o los discursos de Fidel Castro, si es que alguien se anima. Importa, mucho más, la generosidad intelectual de un amante de la Historia con mayúscula (me excuso, ¿a la manera del Cholo Vallejo?) como José Luis Romero y que, para beneplácito nuestro, con dominio del idioma ofrece el producto de sus desvelos. Así como suena. No es un despliegue erudito por las puras arvejas ni el supuesto brillo de un metalenguaje a la ene potencia que se pierde en su neblina epistemológica. Nada de vainas. A leer a Romero, a leer a los clásicos. Y a superarlos (que de eso se trata) con las armas que ellos detentan: las de todos, al alcance de la expresión. Este libro resulta de lectura obligada para lectores apasionados y, mejor aún, para quienes no hayan descubierto aún que en la Historia, como en la Literatura, los clásicos lo son porque abren camino al escribir con el mérito de todos: el propio.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington

¹ Quien desee un ejemplo del contexto colombiano, no tiene más que revisar el libro de Armando Silva Téllez: *Graffiti. Una ciudad imaginada* (Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1988), libro de tema apasionante al par que escrito en una jerga semi o posestructuralista plagada de neologismos baratos. Y eso que se trata de la segunda edición, “corregida y aumentada”, según se nos informa en los créditos. El problema *no* es el método, de ninguna manera, ni la reflexión epistemológica. La llaga es el lenguaje, la pretensión de crearse una especie de gongorina expresión (con el perdón de don Luis) pero con funciones distintas de la poética, donde anida el verdadero vuelo.

² Los efectos devastadores de esta tendencia (y no quiero acusar a Ángel Rama de haberla puesto en órbita, pero si se ha de discernir algún guante tendremos que chantárselo) puede comprobarlos cualquier lector que se anime a leer a un crítico como

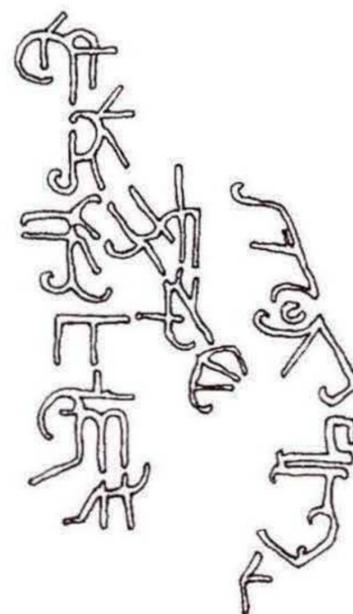
Hernán Vidal. Basta un título: *Sentido y práctica de la crítica literaria socio-histórica: panfleto para la proposición de una arqueología acotada* (Minnesota, Ideologies & Literature, 1984). Si el título solito no hablara ya, adéntrense los valientes... Por mi parte, prefiero encerrarme en *Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos*, del gran Soto de Rojas, cuyo maravilloso poema vio la luz en Granada en 1652.

Manifiesto, testimonio, panfleto

Delirio de San Cristóbal

Eduardo García Aguilar
Editorial Praxis, México, D. F.,
1998, 204 págs.

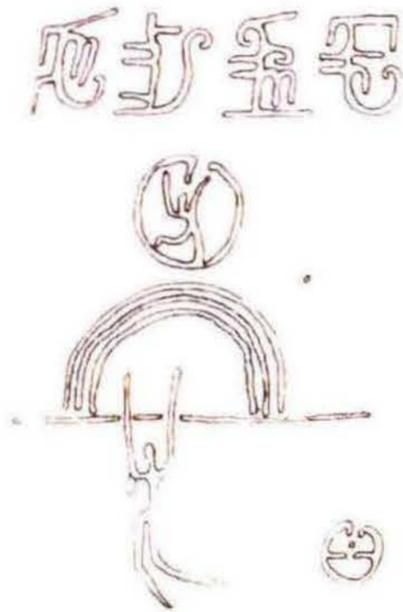
Como subtítulo de este libro intensamente personal, declaradamente íntimo, se lee *Manifiesto para una generación desencantada*. Comenzaré por comentar la justicia de esta denominación, que no es evidente.



En efecto, las doscientas páginas del libro (el prefacio y las dieciséis jornadas) tienen más de testimonio individual que de grito de la tribu. Constituyen una fortísima declaración de la visión que el autor guarda de este fin de siglo: feroz invectiva a veces, a veces evocación hecha con ternura, a veces reflexión intensa y profunda de los problemas de lo latinoamericano. A menos que el subtítulo sea una licencia poética, es más precisa la noción de tes-

SOCIOLOGÍA

timonio o incluso panfleto para las páginas del libro. De hecho, sus defectos confirman su tono confesional, o quizá sea el tono confesional lo que define los defectos. Ellos no cuestionan el valor del libro, que no es poco, pero vale la pena anotarlos. Sin embargo, hablaré primero de las virtudes, que llevan más tiempo.

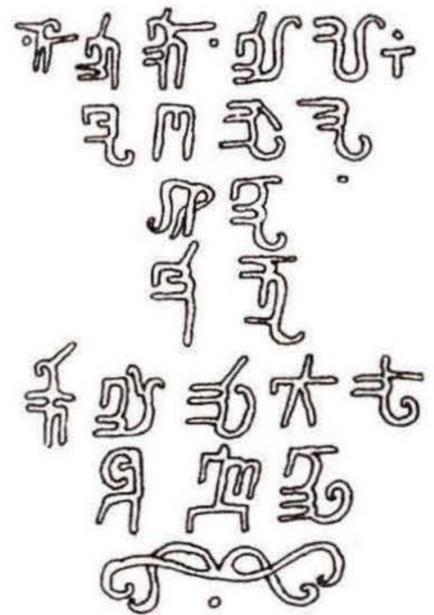


Con el pretexto de un viaje a San Cristóbal, en la zona de conflicto del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), Eduardo García Aguilar entabla un violento monólogo sobre la esencia de lo latinoamericano. Reflexiona sobre la naturaleza de la civilización de la que cree paradigmático el caso mexicano. En la reflexión sobre el caos latinoamericano, dice el autor: "México es país clave para el análisis, por su relación traumática simultánea con la malvada madrastra española, la inefable Europa encarnada en la invasora Francia y Estados Unidos, su insaciable devorador territorial y cultural". Y el conflicto de Chiapas, la aparición de la figura del subcomandante Marcos, sirven de encuadre a esa reflexión. En esta línea, García Aguilar es de una gran lucidez y de una franqueza loable. Lúcido, porque la escogencia del conflicto de Chiapas como eje o metáfora de la problemática del continente latinoamericano es un acierto profundo que se confirma con cada página: franco, porque en su visión de esa problemática no deja por un instante de adoptar todos los riesgos de la primera persona: en ningún momento se utiliza la máscara del plural. (Por eso es, de hecho, que resulta

confusa la intención de presentar al libro como manifiesto o ensayo).

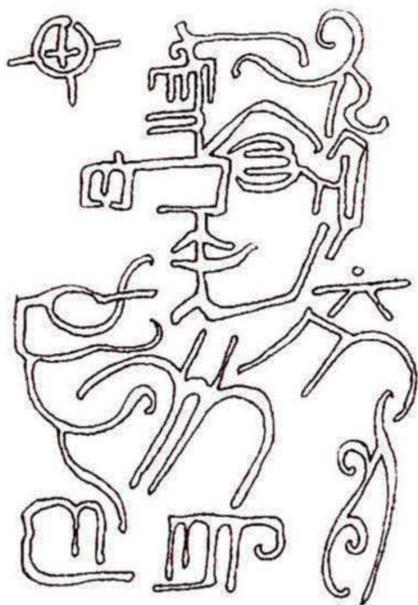
La primera de las virtudes del libro, y sin duda la más notoria, es la honestidad a toda prueba. Le creemos a Eduardo García Aguilar cuando formula esas violentas diatribas contra los políticos, los periodistas, los escritores de coctel. Esto no es evidente: hemos leído tantos textos en los que cada línea denuncia la hipocresía, en los que intuimos que la indignación del autor no es sino una pose... No así en *Delirio de San Cristóbal*, donde el texto entero respira un impulso genuino. Ha sido escrito respondiendo a una necesidad ineludible, como la gran literatura fue escrita. Las ideas que lo sostienen son precisas, bien fundadas, fruto de una reflexión que no comenzó con la redacción del manuscrito. García Aguilar se revela como un ateo de la modernidad: descrece de la iglesia, descrece de la patria, descrece de la política, descrece de la información de masas, descrece de la publicidad, descrece de la sociedad de consumo. Es notable su rebelión contra el impulso de los sistemas contemporáneos por homogeneizar a los hombres. Elogia la diversidad, la transparencia, la naturalidad. Por eso es que el conflicto de los indios de Chiapas es la mejor encarnación de sus intenciones: el libro es un intento por resolver una situación esencial: el enfrentamiento entre el "progreso" (que arrasa con todo lo que se interponga en su camino, en el cual no hay sitio para la pobreza, en el cual el dinero es el dios) y lo "elemental" (que intenta preservar sus propias raíces, que resguarda lo típico y abomina de la artificial cultura de lo moderno). García Aguilar es un humanista a ultranza: reniega de todo lo que amenace la libertad intrínseca y natural del hombre; no cree en nada, podría decirse, salvo en la libertad. En la libertad y en la literatura: en su libro, la reivindicación del papel del poeta, del intelectual, es un tema fundamental. "Los poetas tienen como maravillosa misión la rebeldía, la subversión, la incredulidad frente a las acciones de los humanos", dice. "Su misión es fustigar a los poderosos y por eso es repugnante verlos medrar ante el poder o creer en las palabras y promesas de los héroes rojos, negros o blancos". Cualquiera

reconoce la admiración de García Aguilar por Vargas Llosa, para quien el intelectual debe ser un "aguafiestas" esencial. (La declara, además, en otro aparte: cuando elogia la definición que Vargas Llosa hace, en plena apología de la democracia mexicana, llamándola "dictadura perfecta"). Lo que sí es seguro es que nadie acusará a García Aguilar de conformista ni de cómodo: la labor corrosiva del libro es notable, su escepticismo es delicioso. En uno de los pasajes más lucidos (no creo que al reseñista le esté vedado manifestar este tipo de acuerdos), García Aguilar dice: "Las naciones, que son uno de esos inventos terribles y monstruosos, se nutren de esas imágenes semihumanas y de sus emblemas para idiotizar a sus súbditos. La patria, la bandera, el himno, las batallas, el libertador, el fraile defensor de los pobres inmensamente puro, los santos mártires, los grandes estadistas, son la gran farsa de la historia, y los latinoamericanos no somos los únicos en tener esa mente exacerbada por las historias de cruzados heroicos". No es sin cierta emoción que he copiado esta parrafada.



Señalo ahora los defectos de la obra. Se trata exclusivamente de debilidades formales. El libro pide, antes que nada, una furiosa revisión que parece no haber tenido nunca lugar, ni en sus formas más superficiales. No se condena un libro por errores tipográficos; cuando éstos se acompañan de un descuido general por la forma, vale la pena hacer resaltar el hecho. Tengo reparos en lo respectivo al tono general. El nihilismo de García Aguilar es honesto, re-

pito, pero el tono es con frecuencia hiperbólico. Sé que esto no escapó a las intenciones del autor, pero en ocasiones el abuso de alguna retórica de la división puede falsear la justicia de las ideas. Aunque la defensa de las condiciones naturales de la vida indígena es necesaria, justa y precisa, su exposición corre con frecuencia el riesgo de ser reducida al "sonido de los pájaros" y "la contemplación de la luna" contra "las hamburguesas *MacDonald's*, el *shampoo* y las sopas *Campbell*". Los acogedores hoteles Camino Real contra los "antisépticos" Holiday Inn y la periodista que "busca algo más que simples fotografías de indios" contra "la chica del Primer Mundo" con sus "lentes Ray Ban y sus aires de Sigourney Weaver", son otros ejemplos de esta división que acaso parezca simplista y maniquea algunas veces. Como en estos lugares, encuentro a menudo ideas loables cuya expresión es inocente. Digo por último que el estilo, en general, es descuidado, y admitiría con frecuencia una segunda mirada. Faltas en la concordancia del verbo, comas inexistentes, redacciones francamente ambiguas son lunares sin los cuales la lectura del texto sería, además de estimulante, placentera.



Es triste reconocer de antemano que *Delirio de San Cristóbal* es el tipo de libros que inicialmente caen en el vacío, porque a la crítica le interesa menos la divulgación de la sabia rebeldía que la de otros aspectos del quehacer literario contemporáneo. Pero como ejercicio de reflexión (algo que se practica poco en nuestro tiempo) es invaluable; como testimonio personal, es

honesto y diáfano; y como prueba de que el oficio del intelectual que decide participar en su tiempo todavía es lo que está llamado a ser —un inconforme, un crítico, una piedra en el zapato—, es esperanzador y reconfortante.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

Lo que cuesta olvidar

Cien años de la vida de Medellín (1890-1990)

Fabio Botero Gómez

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1999, 624 págs.

Para ser lógicos y concisos, empecemos por la conclusión que se desprende del libro: hoy más que nunca Medellín necesita mirar a su pasado, donde están los grandes ejemplos, para corregir el rumbo incierto que lleva. De nada sirve el esfuerzo de unos pocos impulsores que trabajan en terreno minado y deleznable. Concretamente: en las actuales condiciones de deterioro social, todo esfuerzo constructivo se muestra inoperante. Más de la mitad de la población, en la que predominan las consignas destructivas, ya no responde a sus legendarios antepasados. El resto busca alejarse, antes de que sea tarde.

El arribismo resulta beneficioso en cuanto impulsa a la superación, pero hasta eso desapareció. La clase media, creada como amortiguador, se reduce proporcionalmente, y el dialecto parlache se convierte en virus del lenguaje, para regocijo de profesores y medios de comunicación, que lo proponen como nueva identidad de Medellín, a fin de suplantar el español en cuanto lengua burguesa de las tradicionales elites de la ciudad. Algo parecido ocurrió en la gran Buenos Aires, a comienzos del siglo, con el aval oficial. Esas iniciativas, como el esperanto, no prosperan.

Si las autoridades piensan en el futuro, debieran iniciar una campaña seria, para inducir en los jóvenes el concepto de la importancia de Antioquia, no desde el punto de vista fácil del

folclor, que es lo que patrocinan las secretarías de educación, sino de los auténticos valores, que representan lo que el pueblo antioqueño ha significado en la historia de Colombia. (Se dice *pueblo* en sentido histórico, no en sentido marxista, pues la palabra suele desfigurarse su significado).

Si los jóvenes de hoy se sintieran importantes, procurarían responder a ese sentimiento con actos esforzados. La liberación femenina, al destruir los hogares, destruye el orgullo de los hijos y empareja la sociedad por lo bajo.

La primera edición (1994) fue ordenada por el concejo municipal, al estilo desmañado de la generalidad de las publicaciones oficiales: un volumen feo, sin gusto, sin arte. Ni las fotografías lucen en papel satinado. Y, sobre todo, indigno del autor. La edición no convalida un trabajo profesional valioso, que merece atención y respeto.

Por eso se debe celebrar la segunda edición, realizada en los talleres de la Universidad de Antioquia con excelente calidad, sin más erratas que las tolerables en 624 páginas. Especialmente en la métrica regular, los correctores de hoy no saben de qué se trata, y dañan el texto modificando las rimas y la cantidad silábica. Algunos ejemplos: En la página 450, *lanzarme* debe rimar con *cobrarne*, pero "lanzarnos" daría un verso suelto en un soneto de corte clásico. En la 305, "voy subiendo hacia la cumbre de mis penas", destruye el endecasílabo que, como todo el mundo sabe, debe decir "a la cumbre de mis penas". León Zafir, el "caratejo" Vélez Escobar (primo de quien esto escribe), y todos los poetas de la época, dominaban su arte a la perfección, y no tolerarían un solo verso cojo. En la 309 hay un verso cojo que dice: "que mañana es el día de pagar el alquiler". Debe decir: "de pagar alquiler". Mejor oído que los correctores tienen los músicos populares, que tocan bien sin saber.

Para ser corrector de pruebas no basta con la gramática elemental: es necesario poseer una cultura, para que Rodríguez Moya (pág. 447), por ejemplo, no se convierta en "Maya", que es otra familia. O para que dorso (pág. 304) no se convierta en "torso", que no es lo mismo, sobre todo si se refiere a un ataúd. O para evitar palabras tan